



**Homilía en la Santa Misa de Ordenación diaconal
de Fr. Francisco Rivera, OCSO
Monasterio de Santa María de Huerta - 24 de febrero de 2018**

Querido P. Abad del Monasterio de Santa María de Huerta, hermanos sacerdotes;
querida Comunidad de Cistercienses;
queridos familiares de Fr. Francisco;
hermanos todos:

El relato de la vocación del profeta Jeremías nos ha puesto en la pista de nuestra propia vocación, de la de cada uno de nosotros bautizados en el nombre del Dios Trino y Uno. Dios irrumpe en la vida de cada uno de nosotros, como en la de Jeremías, y nos dice: *“Antes de haberte formado en el seno materno ya te conocía”*, es decir, ya te amaba, *“y te tenía consagrado y constituido profeta de las naciones”*. La iniciativa es siempre de Dios. Él nos elige y nos envía a ser mensajeros de su amor en medio del mundo. Jeremías se resiste y trata de rechazar esa llamada del Señor: *“Mira, Señor, no sé expresarme, soy un muchacho”*. Pero el Señor le dice: *“No digas: soy un muchacho, pues a donde quiera que te envíe irás, y todo lo que te mande dirás. Yo estoy contigo para salvarte”*.

Querido Fr. Francisco: Dios te llama y nos llama a todos a ser sus testigos. No tengamos miedo. No seamos cobardes ni timoratos. Él está con nosotros, nos acompaña y nos dará siempre su paz. Vivamos siempre nuestra vocación de cristianos, nuestra vocación de testigos, mensajeros del Señor, con gran valentía y humildad, con confianza y perseverancia.

Querido Hno. Francisco: vas a ser ordenado diácono de la Iglesia, servidor de la comunidad. Igual que el día de tu Bautismo, hoy quedas injertado para siempre en Cristo, Servidor de los hombres. ¡Qué misterio tan grande! Servidor de todos, el último de todos, el más pequeño de todos. Como Cristo, estás llamado a decir y vivir: *“No he venido a ser servido, sino a servir”*. En el Evangelio de Juan, que hemos escuchado, Jesús afirma taxativamente: *“El que se ama a sí mismo se pierde, y el que se aborrece a sí mismo en este mundo se guardará para la vida eterna”* (Jn 12, 25). Éstas son las matemáticas de Dios, extrañas al hombre de hoy, pero que en tu entrega monacal experimentarás cada día: cuanto más das de ti mismo, más recibes; y es que *“a quien me sirva, el Padre lo honrará”* (Jn 12, 26b).

Tú quieres vivir así. Eso es evidente. Pero no olvides que esta hermosa decisión tiene unas consecuencias prácticas que no debes olvidar nunca:

- El auténtico servidor no quiere que se le tenga en cuenta; no trata de ejercer dominio sobre los demás, no impone, sino que sugiere, propone y respeta. Y

sabe que su vida, su tiempo, su dinero y su persona, no le pertenecen, son ya patrimonio de la comunidad, del pueblo al que ha sido enviado a servir;

- El verdadero diácono no busca los primeros puestos;
- El verdadero servidor de la comunidad no busca escalar honores y glorias mundanas: *“Así nosotros, siendo muchos, somos un solo cuerpo en Cristo pero cada miembro está al servicio de los otros miembros”* (Rom 12, 5).

La clave para vivir en la práctica este servicio está en las palabras y en los hechos con los que Jesús nos habla: *“En verdad, en verdad os digo: si el grano de trigo no cae en tierra y muere, queda infecundo pero si muere da mucho fruto”* (Jn 12, 24). Tendrás que preguntarte una y mil veces a lo largo de tu vida: ¿Cómo actuaría aquí y ahora Cristo, el Señor? ¿Qué diría y qué haría Cristo en estas mismas circunstancias para ser grano de trigo fecundo? En esta Eucaristía pediremos al Señor que te conceda ejercer la diaconía con un corazón generoso y sencillo a lo largo de toda tu vida.

Y ejercerás el ministerio diaconal en la vida monástica. Sí, tú has escuchado la llamada del Señor a salir del mundo y a esconderte en el torrente Querit, como el profeta Elías. Pero recuerda que Dios no te ha pedido despreciar al mundo sino amar algo más importante que el mundo: el atrio sagrado de la soledad y el silencio ante el paso cierto de Dios. Busca en tu vida diaria en este Monasterio la presencia de Dios, cercana y amorosa, como el agua del arroyo que no hace ruido pero apaga la sed del caminante. En el silencio de la oración siente la presencia viva del Señor.

Ese Dios, que te llama y te busca en la soledad, no es un Dios abstracto, impersonal, sin rostro ni nombre; no es una idea filosófica o teológica: es la Santísima Trinidad vivificadora, es el Dios Vivo y verdadero, Padre de nuestro Señor Jesucristo, que tanto ha amado al mundo que nos ha enviado a su Unigénito, poderoso y eterno como el Padre, para que, en el don espléndido de su Espíritu Santo, nos diera vida sin límite alguno, vida en abundancia, vida eterna. El Señor te invita a la soledad para que llegues a descubrir *“cuán bueno es el Señor”*, para que puedas gozar *“en la belleza de su casa”* (Salmo 125), de su misericordia y su fidelidad, todos los días de tu vida.

Ésta es tu vocación concreta: los escondrijos, la vida escondida con un Dios *“que ve en lo escondido”* (Mt 6, 6). Que tu silencio, que el silencio que te rodea, haga que pueda brotar la Palabra de Dios, Palabra siempre viva y eficaz, Palabra de Amor, siempre transformadora, fecunda, portadora de vida y de esperanza.

A los cristianos, a vosotros, monjes, nunca nos falta el Pan para el camino, ese Pan bajado del cielo, el maná de la Palabra de Dios y de la Eucaristía. La soledad del monje está invadida por una ardiente presencia que le anima a seguir adelante y a no buscar más que el Reino de Dios porque lo demás se le dará por añadidura. Toda la fuerza, la valía y la santidad del monje se hallan en la Palabra rumiada y meditada en su corazón, a lo largo de las horas, y en la Eucaristía adorada y tomada en alimento. La Eucaristía es semilla de eternidad y es invitación a hacernos, con Él y en Él, por el Espíritu Santo, don y eucaristía para los demás.

El monje, en medio del silencio y de la soledad de su celda, siente la suave brisa de la tarde que es portadora del mismo Dios. Y allí, encerrado en su celda, ve la gloria del Señor. Y esa gloria, contemplada y sentida en el hondón de su corazón, en la noche luminosa de la fe, le mantendrá firme en el servicio de Dios, de la Iglesia y de la

humanidad. Y, como si viese el invisible, seguirá adelante hasta que Dios le llame a gozar definitivamente de su presencia en el Reino de los cielos.

Que seas siempre verdadero diácono, servidor de la Palabra del Señor. Tienes en María un modelo perfecto. Ella conservaba en su corazón, y la rumiaba, la Palabra de Dios haciéndola carne de su carne. Que Santa María de Huerta te ayude a vivirla y reflejarla en tu decir y hacer diario. Ése será tu mejor ministerio diaconal.

A Ella le decimos esta mañana:

*Bajo tu amparo nos acogemos,
Santa María de Huerta, Santa Madre de Dios.
No desoigas la oración de tus hijos
que atravesamos este desierto de descristianización
y andamos necesitados de sacerdotes, religiosos y monjes,
necesitados de familias cristianas
y de comunidades vivas, alegres y esperanzadas.
Libranos de todo peligro,
oh siempre Virgen, gloriosa y bendita. Amén.*

**✠ Abilio Martínez Varea
Obispo de Osma-Soria**